

- Woltmann, Geschichte der Malerei. Fortgesetzt von Woermann. Bd. II. Leipzig 1882.
- Würdtwein, Nova subsidia dipl. 14 voll. Heidelbergae 1781.
- Yriarte, Charles, Un condottiere au XV<sup>e</sup> siècle. Rimini. Études sur les lettres et les arts à la cour des Malatesta d'après les papiers d'état des archives d'Italie. Paris 1882.
- Zaun, J., Rudolf von Rudesheim, Fürstbischof von Lavant und Breslau. Ein Lebensbild aus dem 15. Jahrhundert. Frankfurt a. M. 1881.
- Zeissberg, H., Die polnische Geschichtschreibung des Mittelalters. Leipzig 1873.
- Zeitschrift für die historische Theologie. In Verbindung mit der historisch-theologischen Gesellschaft zu Leipzig nach Illgen und Niedner herausgegeben von Kahnis. Jahrg. 1850—1874. Gotha.
- Zeitschrift für kathol. Theologie, redigiert von Dr. J. Wieser und Dr. F. Stenrup, später von Dr. H. Grisar und Dr. Michael. Bd. I ss. Innsbruck 1887 ss.
- Zeitschrift für Kirchengeschichte, in Verbindung mit W. Gass, H. Reuter und A. Ritschl herausgegeben von Th. Brieger. Bd. I ss. Gotha 1877 ss.
- Zeitschrift, Historische, herausgegeben von Heinrich Sybel. Bd. I ss. München und Leipzig 1859 ss.
- Zeller, J., Italie et Renaissance. Politique, lettres, arts. Nouvelle édit. P. II. Paris 1883.
- Zinkeisen, J. M., Geschichte des osmanischen Reiches in Europa. 2 Teile. Gotha 1840—1854.
- Zurita, G., Anales de la corona de Aragón. Vol. III—IV. Zaragoza 1610.

## LIBRO PRIMERO

Pío II

(1458-1464)

La gran revolución verificada en el orden de la cultura, que se designa con el nombre de *Renacimiento*, había tenido sus primeras manifestaciones en la Ciudad eterna en tiempo del Papa Nicolao V, fundador de la Biblioteca Vaticana. La aurora de una nueva época iluminaba la capital de la Cristiandad, que comenzó á ser desde entonces el centro de las ciencias y de las artes.

En esto sobrevino aquel terrible acaecimiento cuyas fatales consecuencias se hacen sentir aún en nuestros días: la caída de Constantinopla, y demasiado pronto se manifestó que todo el Occidente quedaba herido de la manera más grave por esta victoria de las armas otomanas. El imperio turco había entrado en la escena del mundo con el fogoso ardimiento de la vida y el ímpetu indomable de la juventud, echando por tierra el decrepito Imperio Bizantino, y amenazando á la atemorizada Cristiandad con irremediables ruinas (1). Era menester, pues, entonces, desempeñar una incumbencia más trascendental que la del pacífico fomento de los conatos literarios y artísticos; y apreciando rectamente esta situación, el sucesor de Nicolao V, Calixto III, consideró como su exclusivo cometido, el de salvar al mundo cristiano y la cultura occidental, de la inundación de la barbarie musulmana. Pero, á pesar de los heroicos esfuerzos del Pontífice español, que llegó hasta enajenar su propia mitra y su vajilla para armar una flota de guerra contra los turcos, no se obtuvieron resultados decisivos. Ningún príncipe, ninguna nación, cumplió la palabra empeñada. El ardor de aquel sublime entusiasmo que en otro tiempo había armado á todo el Occidente para ir á libertar el Sepulcro de Cristo, parecía extinguido en los Estados de Europa, divididos entre sí por interiores discordias; y de esta suerte contemplaron inactivos de qué manera el poderoso Estado militar de los Otomanos iba de día en día ensanchando sus fronteras.

(1) Cf. Heinemann, Aeneas Sylvius 2.

El verano de 1458 trajo de Oriente, una en pos de otra, las más tristes noticias; la Morea y el Ática fueron invadidas por las feroces tropas de Mohammed, y devastadas; en Junio cayó Atenas, en cuya Acrópolis ondeó el estandarte de la Media Luna; en Agosto capituló Corinto, y al mismo tiempo comenzaron los Otomanos á subyugar á Servia (1).

¡Lleno de amargos desengaños, rindió el anciano Calixto III al eterno descanso su fatigada cabeza, el mismo día en que se perdía para la Cristiandad la llave del Peloponeso!

La cuestión, pues, de quién debía ceñir entonces la triple corona, tenía tanto mayor importancia, cuanto que no era tampoco la defensa de la Cristiandad contra los infieles la única incumbencia que esperaba su solución del Papa futuro; y aun cuando no se ofrecía tan vivamente á los ojos, por ventura no era menos urgente otra gran necesidad de aquella época: *la reforma* de las cosas eclesiásticas.

Para la solución de estas dos cuestiones de universal interés, ninguno parecía más indicado que el noble cardenal Capránica; y fué un rudo golpe para la Iglesia el que este varón verdaderamente grande, á quien parecía seguramente destinada la tiara, sucumbiera arrebatado por una fiebre maligna poco antes del comienzo del conclave (14 de Agosto). Toda Roma lloró sobre la tumba de este príncipe de la Iglesia, de quien escribe un contemporáneo: «Era el más sabio, el más perfecto, erudito y santo prelado que tenía en nuestros tiempos la Iglesia de Dios.» Todos los planes formados hasta entonces quedaron, pues, destruidos, y la situación enteramente trocada.

(1) Hertzberg, Griechenland, II, 566 ss.; Hopf, 86, 127 ss.; Gregorovius, Gesch. der Stadt Athen, II, 381 ss. Las noticias más exactas del victorioso avance de los infieles en Grecia, llegaron á Roma á principios de Julio; v. el \*Despacho de Giovanni Amidani á la Marquesa Bárbara, fechado en Roma el 12 de Julio de 1458. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Otras terribles nuevas de Servia llegaron también á Italia por Agosto; cf. el \*Despacho de Nicodemus de Pontremoli y de Boccacino á Francisco Sforza, fechado en Florencia el 11 de Agosto de 1458. Cod. 1588, f.º 117 Fonds ital. de la *Biblioteca nacional de París*.

## CAPÍTULO PRIMERO

### Elección de Pío II. El ideal de su pontificado: libertar á Europa de la afrenta de la dominación otomana.-Pacífica política en Italia. Vida y carácter del Papa: su actitud respecto de los humanistas y su actividad literaria

La excitación que se producía siempre en Roma en las vacantes de la Sede Pontificia, era mayor que desde hacía mucho tiempo en los días de Agosto del año de 1458. A consecuencia del movimiento general contra los aborrecidos extranjeros, españoles y napolitanos: contra los «catalanes», tan favorecidos por el difunto Papa, así en la Ciudad como en todo el Estado de la Iglesia reinaba la mayor confusión, y todavía vino á aumentar esta situación violenta el ambicioso caudillo de tropas mercenarias Jacobo Piccinino; el cual se apoderó de las ciudadelas de Asís, Nocera y Gualdo, y acampaba con sus tropas, dispuestas á pelear, cerca de Foligno. Creíase generalmente que aquel «conde sin tierra» estaba en secreta alianza con el rey de Nápoles, quien trataba por este medio de estorbar la elección de un Papa francés (1).

(1) Cf. tomo I, vol. II, p. 469. Oficialmente desaprobaba Ferrante las incursiones de Piccinino en los Estados de la Iglesia (cf. su carta á Florencia, fechada el 20 de Agosto de 1458. *Archivo público de Florencia*), pero en realidad la conducta del rey era muy equívoca; v. Arch. stor. Napolit., IX, 74 ss. Cf. con todo ahora también Nunziante XVIII, 33 ss. En un \*Despacho á Francisco Sforza, fechado en Florencia el 18 de Agosto de 1458, anuncia Nicodemus de Pontremoli que el miedo que tienen los cardenales á Piccinino

Esta era en realidad la gran cuestión: ¿subiría á la Silla de Pedro un hijo de la nación italiana ó de la francesa?; problema ante el cual todos los demás eran por entonces relegados á segundo término.

Cuando á 16 de Agosto se juntaron en conclave los 18 cardenales que se hallaban en Roma, había entre ellos 8 italianos, 5 españoles, 2 franceses muy influyentes, 1 portugués y 2 griegos (1), de suerte que el número de los extranjeros era mayor que el de los italianos, pero sin llegar no obstante á constituir la mayoría de dos tercios, requerida para la elección del Papa.

Para las potencias italianas, especialmente para Nápoles y Milán, era una cuestión de vida ó muerte el que la influencia francesa no se hiciese todavía más poderosa de lo que ya era en la península de los Apeninos. El temor de Francia, la cual había ya sentado el pie firme en Génova, asediaba frecuentemente al duque de Milán «casi como un pavoroso espectro» (2). No es, por tanto, de maravillar que, después de la muerte de Calixto III, echara en la balanza todo el peso de su influencia para obtener el nombramiento de un Papa italiano, y su candidato era el cardenal Capránica. En las instrucciones secretas, escritas por Francisco Sforza á 2 de Agosto de 1458, para su embajador en Roma, Otto de Carretto, en las cuales le mandaba trabajar con todas sus fuerzas en favor de aquel excelente prelado, se previene, para el caso que la elección de éste no pudiera llevarse al cabo, la candidatura del cardenal Próspero Colonna; y si tampoco había esperanza de obtener ésta, debía el embajador obrar conforme á las instrucciones del cardenal Capránica (3). Pero la voz de este consejero

los impelerá á acelerar la elección. Cod. 1588 f.º 130 del Fonds ital. de la *Biblioteca nacional de París*.

(1) \* Acta consist. f.º 28. *Archivo secreto pontificio*, Arm. XXXI, tom. 52. En este documento se designan los nombres de los 18 cardenales. En el *Archivo público de Roma* hay un \*Protocollo del Notaio de Meriliis que no trae más que 17 cardenales. Con motivo de este falso dato, acusa Bertolotti sin causa á Gregorovius de error; v. *Archivio de Cori*, IV, 242. Creighton (II, 365) fija equivocadamente la apertura del conclave el 10 de Agosto; Palacky (IV, 2, 64) afirma ¡que ya en este día se había efectuado la elección de Pío III! No estuvieron ausentes 6 cardenales (como indica Eubel II, 13), sino 8, pues murieron primero Pedro de Foix el 13 de Diciembre de 1464 (Eubel I, 32) y Széchy el 1 de Febrero de 1465 (Eubel II, 8).

(2) Cf. Buser, *Beziehungen*, 84, 88 ss.

(3) \* Minuta de las instrucciones de Francisco Sforza de 2 de Agosto de 1458 en la *Biblioteca Ambrosiana de Milán*, Z, 219 Sup.

había enmudecido para siempre á 14 de Agosto; y como le faltara tiempo para pedir nuevas instrucciones, Otto de Carretto se vió reducido á obrar según su propia iniciativa. En tales circunstancias, no es difícil comprender que sus miradas se dirigieran al cardenal Piccolomini, que estaba en amistosas relaciones con la dinastía de Milán, y ya siendo obispo de Sena había trabajado para procurarle la legitimidad mediante la imperial investidura (1). En un despacho escrito en aquel mismo fatal día 14 de Agosto, expresaba el mencionado diplomático la esperanza de que lograría, aun en una situación tan diversa, llevar las cosas á término aceptable. «No es caso desesperado—añadía—la elección del cardenal Colonna; pero mucho más fácilmente se podría obtener la del cardenal de Sena, Eneas Silvio Piccolomini, el cual es bien querido de todos y tiene también de su parte á los enviados del rey de Nápoles» (2). Ya al día siguiente, el napolitano Galeotto Agnensis enviaba una relación á Francisco Sforza, en la cual le explicaba que había conseguido ajustar una alianza de familia entre los Colonna y los Orsini, los cuales se hacían la guerra casi incesantemente, y de qué manera se esforzaba entonces para ganar para el cardenal de Sena (con cuya elevación estarían contentos así el Duque como el rey de Nápoles), los votos que antes estaban asegurados al cardenal Capránica. «Gracias á Dios—añade Galeotto,—el cardenal Orsini ha consentido, y alimento la esperanza de llevar este asunto á buen término» (3).

Muchos designaban como candidatos para la suprema dignidad, junto con el cardenal de Sena, al erudito Torquemada y al afable Calandrini (4); pero, á la verdad, mucho más peligrosos rivales tuvo Piccolomini, que carecía de poder, en el influyente Pedro Barbo y en el tan aristocrático como opulento Guillermo Estouteville, cabeza del partido francés.

(1) Voigt, III, 65.

(2) \* Despacho de Otto de Carretto tomado del *Archivo público de Milán*, en el apéndice n.º 1.

(3) \* Despacho de «Galeoctus» (=Galeottus Agnensis de Neapoli leg. doctor; v. *Archivo público de Florencia* X-1-52 f.º 10) á Francisco Sforza, fechado en Roma á 15 de Agosto de 1458. *Archivo público de Milán*.

(4) \* La mazor parte stima chel cardinal di S. Sixto Spagnolo succederà: ma rarevolte se indivina. Se si farà papa Italiano credo tocherà a Bologna perchè è bon homo e generalmente ben voluto dal collegio. Antonio da Pistoia á Francisco Sforza, con fecha en Roma á 31 de Julio de 1458. *Archivo público de Milán*.

El conclave se había establecido en el palacio apostólico, junto á San Pedro, disponiéndose las celdas en una gran sala donde los cardenales debían comer y dormir; y en otra sala menor, que lleva el nombre de San Nicolás, se habían de celebrar las deliberaciones y la elección propiamente dicha (1). Se advirtió mucho el que fueran admitidos para la guardia del conclave, á par de los embajadores de los reyes, los diputados que Ferrante envió al Colegio Cardenalicio luego que enfermó gravemente Calixto III (2).

Antes de entrar en el conclave dirigió á los cardenales la acostumbrada oración el obispo de Torcello Domenico de' Domenichi, persona de formación humanística (3). Comenzó con las palabras de los Actos de los Apóstoles (1, 24): «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra á cuál has elegido de estos dos, para recibir la suerte de este ministerio y apostolado.» Después de consagrar un elogio al Papa difunto, exhortó Domenichi á los electores á deponer toda ambición, simulación y discordia; reprendiendo especialmente con dureza el primero de estos vicios. «¡Cuántos se hubieran contentado antes con una pequeña iglesia, que ambicionan ahora el supremo cargo espiritual ó el señorío de todo el mundo!» En los párrafos siguientes aduce Domenichi una serie de ejemplos tomados de la clásica Antigüedad. «Los que quieren ser tenidos por romanos, dice, conviene que imiten el ejemplo de aquellos sus célebres progenitores, cuyos gloriosos hechos, para hablar con San Jerónimo, brillan como estrellas en la historia romana; deben, pues, tener presentes á los

(1) Pii II. Comment. 30; cf. Concellieri, Notizie d. conclavi, Roma 1823, 14-15.

(2) V. los \* Despachos de Otto de Carretto á Francisco Storza, fechados en Roma á 14 y 20 de Agosto de 1458. *Archivo público de Milán*. Cart. gen.; cf. Apéndice n.º 2. Estos embajadores fueron enviados antes de la fecha que admite Voigt (III, 25); pues ya estaban en Roma el 1.º de Agosto; v. el Despacho de A. Catalanus fechado en este día, en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) \* Rev. patris dom. Dominici episc. Torcell. omnium lib. artium et s. theologie magistri ad rev. S. R. E. cardinales oratio die (XVI Augusti, según las \* Acta consist. del *Archivo secreto pontificio*; cf. á este efecto la carta del obispo de Corneto, en Sansi, Saggio p. 26) qua intrarunt ad electionem summi pontificis habita Rome in basilica s. Petri. Cod. Vatic. 3675. *Biblioteca Vaticana* (al fin se halla habita Rome XVII Cal. Sept. A.º 1459!). Se hallará también este discurso en el Cod. Ottob., n.º 1035, f.º 1-10 (aquí falta el principio), en el Cod. 2363 de la *Biblioteca de Bruselas* y en el Cod. C. 20 de la *Biblioteca capitular de Padua*. Aquí la fecha del discurso es: XVIII Cal. Sept. 1458.

Decios, á Bruto, á Catón, á Escipión, á Graco, á Régulo y á otros semejantes.»

Domenichi acentuó principalmente la importancia de la elección por respeto de las tristes circunstancias de la época presente: «Los príncipes seculares—exclamó,—alimentan mutuas discordias y toman contra su propia carne las armas que debían llevar contra los turcos; y nadie cuida de reconciliarlos entre sí. Las costumbres del clero están corrompidas y han venido á ser materia de escándalo para los legos, pervertido todo buen orden. De día en día es menor el prestigio de la Iglesia, y el poder de sus censuras parece casi extinguido. ¿Quién lo ha suscitado de nuevo? La Curia romana está en muchas cosas deformada ¿quién la ha reformado?» (1)

El orador toca asimismo la cuestión de los turcos, lamentando principalmente los horrores que por entonces tenía que sufrir de estos bárbaros la noble Grecia.

Para terminar indica el obispo de Torcello, de una manera elocuente, las graves incumbencias que habría de desempeñar el nuevo Papa: «Es menester restituir de nuevo la dignidad de la Iglesia, restaurar su casi perdido prestigio, mejorar las costumbres, ordenar la Curia, regularizar los procedimientos judiciales, difundir la fe, poner en libertad á los cautivos, conquistar de nuevo las ciudades perdidas y armar á los fieles para la guerra santa» (2).

En las deliberaciones del conclave se mostró desde luego la reacción contra los procedimientos de que los cardenales habían sido objeto por parte del difunto Pontífice, y se redactó una capitulación, por la cual se procuró ensanchar los derechos del Sacro Colegio y limitar el poder del Papa (3). Los artículos de este convenio, hecho á imitación del de 1431, obligaban al futuro Papa á continuar la guerra contra los turcos, conforme á los consejos de los cardenales, y á reformar la Curia según sus fuerzas;

(1) \* Cod. Vatic., n.º 3675; cf. el primer lema de este tomo.

(2) \* Igitur cum restauranda sit dignitas ecclesie, sublevanda maiestas, firmanda auctoritas, que pene conciderunt, componendi mores, ordinanda curia, stabilienda iudicia, dilatanda fides, propagandi fines, redimendi captivi, recuperande civitates, armandi fideles. Hec omnia sapientissimum prestantissimumque pontificem desiderant. Cod. Vat. 3675.

(3) Raynald, 1458, n. 5-8; cf. Voigt III, 522 ss. Sobre la capitulación de 1431 cf. nuestras declaraciones tomo I, vol. I, p. 423 ss.

le sujetaban respecto á la traslación de la Curia y la concesión de los obispados y grandes abadías, al consentimiento del Sacro Colegio. En adelante se debería observar con exactitud el decreto de Constanza relativo al número y cualidades de los cardenales, y á su nombramiento por el Papa con acuerdo de la mayoría de los votos del Colegio Cardenalicio, dados en Consistorio. Una serie de artículos se proponían impedir todo aquello que pudiera estorbar á los cardenales la adquisición de prebendas y encomiendas; así, los derechos de presentación ó nombramiento, no podrían concederse á los príncipes eclesiásticos ó seculares sin consentimiento del Sacro Colegio, y debían suprimirse las concesiones que de otra manera se hubieran hecho. Además, el Papa no debía permitir á nadie que sacara dinero del clero ó de los bienes de la Iglesia. Respecto al gobierno del Estado eclesiástico, se reiteraron las graves limitaciones del poder temporal del Papa, establecidas en el conclave en que fué elegido Eugenio IV; y fué una innovación, la disposición, asimismo incluída en este convenio, de que el Papa tendría que pagar á cada cardenal, cuyas rentas fueran inferiores á 4,000 escudos de oro, 100 escudos mensuales de la Cámara Apostólica hasta que alcanzara dicha suma (1). Una vez al año deberían los cardenales examinar la observancia de estos artículos, y en caso de transgresión de los mismos, avisar tres veces caritativamente al Pontífice.

Al tercer día del conclave comenzó á procederse á la elección. En el primer escrutinio los cardenales de Sena y de Bolonia, Piccolomini y Calandrini, obtuvieron cinco votos cada uno, y ninguno de los otros obtuvo más de tres. Entonces comenzaron las negociaciones y busca de votos por parte de aquellos que aspiraban á la suprema dignidad; y ninguno se mostraba más activo que el ambicioso Estouteville, estrechamente aliado con el cardenal Alain. Acerca de los medios que empleó aquel adalid del partido francés, no poseemos otra relación que la de su competidor Piccolomini, la cual no puede tenerse por desapasionada (2). Según ella, Estouteville hacía por una parte brillantes promesas,

(1) Las cuotas mensuales son designadas con el nombre de *piatto cardinalizio* (plato de cardenal); v. Moroni, LII, 274-276; Bangen, 45. Aquí se menciona por primera vez.

(2) Pii II Comment., 30 y sig. con los complementos en Cugnoni 184 ss. Sobre las variantes del Cod. Regin. 1995 de la *Biblioteca Vaticana*; v. Apéndice n.º 65.

mientras por otra parte procuraba rebajar por todos modos á los cardenales de Bolonia y de Sena. «¿Cómo—se pretende haber dicho el cardenal francés—se puede tener á Piccolomini por digno del Pontificado, siendo como es gotoso? Se nos daría en él un Papa destituido de recursos. ¿Cómo podría auxiliar á la Iglesia empobrecida; y estando él mismo enfermo, socorrer á la Iglesia enferma? Hace poco tiempo que vino de Alemania y no le conocemos; y por ventura querría trasladar allá la Curia. Y ¿qué se ha de pensar de su formación científica? ¿Vamos á elevar á la Silla de Pedro á un poeta, para que rija á la Iglesia con disposiciones imitadas del paganismo?»

Además de Alain, se obligaron con juramento á votar al candidato francés (según la relación de Pío II), Bessarión, Fieschi, Torquemada, Colonna y Castiglione; pero Piccolomini logró, principalmente apelando al sentimiento nacional, no sólo apartar de su competidor francés á Castiglione, sino también ganar para sí algunos de los cardenales indecisos.

Fué de grande importancia la enérgica intervención del cardenal Barbo, el cual, después que hubo renunciado á la esperanza de obtener para sí la tiara, quiso por lo menos emplear todos sus recursos para que el Pontificado quedase en los de su nación. Con este fin, congregó á todos los cardenales italianos, excepto á Colonna, y les propuso al cardenal que se distinguía entre todos sus colegas por la cultura de su ingenio, la variedad de su erudición, su experiencia como hombre de mundo, y su habilidad diplomática: Eneas Silvio Piccolomini; y por efecto de este paso, obtuvo Piccolomini en el próximo escrutinio de 19 de Agosto 9 votos, mientras Estouteville obtuvo sólo 6 (1).

Entonces se procuró la resolución por el método llamado *accesso*; y Rodrigo de Borja fué el primero que rompió aquel silencio,

(1) Cf. Pii II Comment., l. c. y la \*Relación de Otto de Carretto de 20 de Agosto de 1458, citada en la p. 61, n. 2. *Biblioteca Ambrosiana de Milán*. V. también Apéndice n.º 3. Según las Memorias de J. Duclercq (III, c. 39) el temor de volver á unos tiempos semejantes á los del destierro de Aviñón inclinó la balanza contra Estouteville. Vast (231) elogia mucho la descripción del conclave hecha por Zeller. Pero este último comete los errores más singulares; identifica al cardenal de Pavía (27) con Carvajal, que entonces estaba en Roma. No he hallado en el *Archivo público de Milán* el Despacho de Carretto de 29 de Agosto traducido por Petruccelli (281); en la fecha debe de haberse deslizado un error. Voigt (III, 9) habla por error, de un Card. Ilerdensis v. Vahlen, 62.